

Introducción

El profundo impacto de la actividad humana sobre los ecosistemas terrestres en los últimos siglos ha puesto en entredicho los criterios tradicionales de clasificación del tiempo geológico. La noción del Antropoceno como una nueva era planetaria ha ganado fuerza para describir el efecto transformador de la acción del hombre sobre la Tierra, cuestionando así la habitual separación entre historia natural e historia humana¹. Aunque existen discrepancias sobre la validez cronogeológica del término y sobre el momento exacto en que esta época habría comenzado, resulta innegable que el proceso global y masivo de urbanización ha desempeñado un papel decisivo en la transformación de nuestro mundo. En apenas 300 000 años, el *Homo sapiens* —una pequeña especie de cazadores-recolectores que recorría las sabanas del África oriental— se ha convertido en un auténtico *homo urbanus*, cuyo hábitat principal son las ciudades. Este tránsito ha venido acompañado de una profunda antropización del planeta que presenta desafíos sociales, medioambientales y políticos de una magnitud sin precedentes.

1. El uso del término con ese sentido se atribuye al artículo seminal del premio nobel de química Paul Crutzen y del ecólogo Eugene Stoermer (2000: 17-18).

En la actualidad, las ciudades concentran la mayor parte del tejido productivo, las infraestructuras y el consumo, y aunque el proceso de urbanización se considera prácticamente culminado en buena parte del globo, no se vislumbra un freno al crecimiento de las ciudades. En 1950, solo el 20% de los habitantes del mundo vivía en ciudades, entendidas como núcleos de al menos 50 000 habitantes. En la actualidad, las proyecciones indican que a mediados de siglo dos de cada tres personas vivirán en áreas urbanas. Paralelamente, el número de megaciudades —aquellas con diez millones de habitantes o más— continúa aumentando, la mayoría de ellas en Asia (United Nations, 2025). Sin embargo, solo una pequeña fracción de esas aglomeraciones habrá experimentado algún proceso significativo de planificación.

La concentración territorial y la densidad humana facilitan la disponibilidad de mano de obra, reducen los costes de transporte, mejoran la conexión entre infraestructuras y agentes económicos y favorecen la generación, difusión y asimilación del conocimiento. Durante décadas, estos factores llevaron a considerar las grandes ciudades como el principal instrumento para el desarrollo económico futuro. Sin embargo, las megalópolis han mostrado también crecientes disfuncionalidades y externalidades negativas. En el sur global, la rápida urbanización ha desbordado la capacidad de los Estados para proporcionar servicios adecuados a sus residentes, lo que ha generado la proliferación de zonas desatendidas, la concentración de la pobreza y la expansión generalizada de barrios marginales (Davis, 2014). Por otro lado, en el llamado primer mundo, la capacidad de las ciudades para catalizar el crecimiento económico rara vez se proyecta más allá de unas decenas de kilómetros y genera a menudo un efecto de absorción demográfica y de recursos sobre los territorios colindantes. A ello se suman el impacto del crecimiento urbano sobre el mercado inmobiliario y su elevada responsabilidad en la emisión de contaminación y residuos.

Esta situación también ha desencadenado efectos sociales inesperados, como la reacción de los “lugares que no

importan” —zonas rurales o urbanas en decadencia— contra las élites políticas y económicas, expresada en el auge de movimientos populistas de diversa índole (Rodríguez-Pose, 2018). Por todo ello, es imprescindible prestar especial atención a las condiciones materiales y sociales de las ciudades en un planeta crecientemente urbano. La calidad de las ciudades no solo afecta a las oportunidades y modo de vida de quienes las habitan, sino que refleja también las complejas interacciones de los entornos urbanos con los territorios que los rodean y con las dinámicas globales.

En definitiva, el futuro de la humanidad se halla estrechamente vinculado al de las ciudades, a su sostenibilidad social, material y medioambiental, así como a sus condiciones de habitabilidad. En las páginas que siguen se ofrece un breve recorrido por la historia de las ciudades desde sus orígenes, junto con una reflexión sobre los elementos sociales, culturales y políticos que definen, a grandes rasgos, la condición urbana.